



Lisa Block de Behar (coord.),
*Haroldo de Campos, Don de
 poesia*. Lima: Fondo Editorial de
 la Universidad Católica Sedes
 Sapientiae, 2003. 295 pp.



Cuadernos literarios. «El
 descubrimiento de Brasil», año 1,
 n.º 2. Lima: Fondo Editorial de la
 Universidad Católica Sedes
 Sapientiae, 2004. 166 pp.

En 1991, un grupo de especialistas en la actividad literaria de Haroldo de Campos se reunió, en presencia del poeta, en la localidad uruguaya de Salto para resaltar las calidades de innovador literario del autor brasileño. La suerte de los coloquios es muy variada. Muchos son rápidamente olvidados; otros son recordados por sus protagonistas como hitos de un periplo personal, como una suerte de turismo cultural que los lleva por el mundo. Pero hay un tercer grupo de coloquios, aquellos que merecen recordarse por otros, los lectores, y que se convierten en reuniones que tienen potencia, elegancia y, finalmente, originalidad: de esta clase es la reunión de Salto. Por eso, llamamos la atención sobre el esfuerzo de Lisa Block de Behar por reunir las ponencias que se presentaron en aquella ocasión. El trabajo suyo, secundado ahora por el profesor Biagio D'Angelo, nos permite tener en las manos este bello volumen, *Haroldo de Campos, Don de poesia*, en el que Lisa Block de Behar

inserta las colaboraciones de Isidra Solari, Tania Franco de Carvalho, Elisabeth Walter, Benedito Nunes, Horácio Costa, Arnaldo Saraiva, Carlos Peregrino, K. Alfons Knauth, Boris Schanaiderman, Sonia Brayner, Selma Calasans Rodríguez, Jacó Guisburg, Manuel Ulacia, Jerusa Pires Ferreira, Nelson Ascher, Roberto Echavarren, Livio Tragtenberg, Adriana Contreras, Hugo Bonaldi y Adriana Garrido.

Es cierto que hubo sacudones significativos en la marcha natural de la evolución de la poesía durante el siglo XX. Quedaban lejanos los tiempos de Cruz e Sousa y su verso suave y cadencioso. 1922 fue el año clave de la modernidad en el Brasil. Y ese año es significativo en todo el mundo literario: es el año de la publicación de *Ulises* de Joyce, *Tierra baldía* de Eliot, *A la sombra de las muchachas en flor* de Proust, *Trilce* de Vallejo. Sin embargo, más que recordar los detalles de esa semana prodigiosa en São Paulo, es indispensable señalar

que la obra de Manuel Bandeira y de Mario de Andrade y del propio Carlos Drummond de Andrade, en las dimensiones que han alcanzado posteriormente, sería bastante diferente, probablemente menos original, sin el esfuerzo de esos vanguardistas del año 22 como Oswald de Andrade. Sin embargo, como ocurre siempre, la vanguardia se transforma en tradición indispensable; lo que es rechazado un día, es retórica otro día. Solo el conjunto de la literatura, proteico siempre, va cambiando a su guisa, como no lo prevén ninguno de sus autores. No obstante, hay poetas que parecen clarividentes, que se adelantan a su época, que no siguen ninguna moda, sino que la van creando en la medida que avanzan en su periplo. La poesía del Brasil en el siglo XX, y la poesía que llamamos occidental serían menos ricas si no hubiera vivido y actuado Haroldo de Campos. Su obra proteica disuelve las fronteras de los géneros, las fronteras

de las lenguas, las fronteras de los países, las fronteras de las viglias y los sueños. Su logro es, justamente, la creación literaria sin fronteras. En los alrededores de los años cincuenta del siglo pasado, es muy difícil señalar, en cualquier lengua occidental, a un escritor que iguale a Haroldo de Campos en su búsqueda de originalidad; y si aparecen otros nombres de reputada originalidad, estos serán o concretistas brasileños, sus amigos, o concretistas alemanes, sus amigos también. Llamamos poeta a Haroldo de Campos porque es lo más hermoso que podemos decir a un notable escritor; pero, en sentido estricto, su obra luminosa, centrada en la producción de textos poéticos, tiene otros pilares en el ensayo de largo aliento, la traducción, el manifiesto literario y la teoría estética. Solo juntando en un haz todas estas actividades podemos tener una idea cabal de la sistemática producción de este artista excepcional, que a algunos críticos, como el chileno

Jorge Ortega, les hace recordar la energía de un artista del Renacimiento, Haroldo de Campos parte del poema, lo trabaja, lo pule, lo entrega al público; pero, como Octavio Paz, de quien fue amigo, ese papel, el de creador lírico, solo le corresponde en parte. A partir de la creación del poema, otra preocupación se apodera de su estro: la necesidad de explicar y de redondear su trabajo. Entonces, surge el ensayista, el profesor, el teórico estético, el estudioso de la semiótica; sin embargo, ninguna de estas actividades tendría demasiado interés en todo el globo terráqueo si no estuviesen sustentadas en su diáfana poesía. Puede decirse que esas parcelas de su trabajo literario continúan la obra lírica, la explican, la difunden, pero en ningún caso la sustituyen. Es el caso, por ejemplo, de la importancia que le dio a la traducción, entendida como transcreación, siguiendo una manera de pensar de Oswald de Andrade.

En la ponencia de Alfons Knauth se cita un verso de Apollinaire en el que el poeta, en la época de *Alcoholes*, hacia 1913, prefigura la actividad de Haroldo de Campos medio siglo más tarde. El texto, en su versión española, dice:

Y todos juntos
En este hotel
sabemos la lengua
como Babel.

Mencionar Babel es una de las claves más importantes de la poesía de Haroldo de Campos. Babel, en la interpretación bíblica más corriente, significa el caos lingüístico, la incomunicación entre los hombres. En el trabajo de Haroldo de Campos, o en el de Octavio Paz, Edoardo Sanguinetti, Jacques Roubard y Charles Tomlinson, más bien, significa una literatura que difumina las fronteras lingüísticas. En cierto sentido, honrando a Haroldo de Campos, honramos a la literatura del Brasil,

tal como la conocíamos hasta su aparición, pero honramos también la audacia de quien es capaz, desde una lengua occidental de enorme reputación como la portuguesa, internarse a lo desconocido que es el encuentro de lenguas. Haroldo de Campos es como el Ulises de Homero o el de Cavafis: un viajero, alguien que se interna en los mares desconocidos que no están convenientemente señalados en las cartas de navegación, que corre peligros, atraído por voces encantadas, pero que, al mismo tiempo, regresa a su país natal, a su lengua de la infancia. De esos encuentros vigorosos entre lo conocido y lo desconocido, sale la poesía, luminosa, excesiva, indiferente a su propio autor, que apenas si la entiende, pues la escribe en un lenguaje como de marino, como de extranjero, como un verdadero médium.

Como lo recuerda Tania Franco Carvalhal, hay una serie de expresiones de Roland Barthes, en su estudio sobre *Sarrasine* de Balzac,

que pueden aplicarse a Haroldo de Campos y que pueden resumirse así: no crear una etapa unificadora que lo reduzca, sino, por el contrario, recrear los diversos escenarios de la enunciación. El poeta brasileño Haroldo de Campos vivió entre 1929 y 2003, ganó varias veces el principal premio de literatura del Brasil, el Jabuti y el premio de poesía y ensayo Octavio Paz.

Ahora, algunas palabras sobre la revista *Cuadernos literarios* de la Universidad Católica Sedes Sapientae que dirige Biagio D'Angelo.

La diferencia fundamental entre las universidades y los institutos no siempre está en la calidad de la enseñanza que ofrecen. Reside, más bien, en la capacidad de investigación de las universidades: una institución universitaria aumenta el conocimiento y lo difunde; y el vehículo natural para esa difusión es la revista de investigación.

La Universidad Católica Sedes Sapientae es una institución reciente

en el Perú. Soñada por un grupo de visionarios, un alcalde y algunos sacerdotes franciscanos, está situada en el corazón de sectores populares, y la mayor parte de sus alumnos proviene de esas capas sociales. En el plano de la investigación literaria, el dinamismo del profesor Biagio D'Angelo ha permitido galvanizar los esfuerzos de un grupo de jóvenes profesores de la universidad con investigadores y creadores de distintas partes del mundo. Debo felicitar a Kristhan Ayala Calderón, Bethsabé Huamán Andía, Fernando Rodríguez Mansilla, Enrique León Huamán y Luz Privatt Maraví por el esfuerzo realizado. En esta entrega, hay colaboraciones de Luiz Roberto Cairo, Lélia Parreira Duarte, Eduardo Countinho, Fernando Rodríguez Mansilla, Vagner Camilo, Helena Bonito Couto Pereira, Tania Franco Carvalhal, María Antonieta Pereira y Heloisa Costa Milton. Los autores brasileños estudiados son Varnhagen, Macedo Soares, Machado de Assis,

Drummond de Andrade, Murillo Mendes. Asimismo, aparecen algunos poemas de Cecilia Meireles y una entrevista a Alessandra Vinhas, encargada de la sección cultural de la Embajada del Brasil en el Perú, quien muestra un gran conocimiento de la música y el cine de su país.

La representación diplomática brasileña ha mostrado, desde siempre, una gran voluntad por difundir la literatura de su país entre nosotros: hace algunos años, gracias al esfuerzo de Hilda Codina, editó más de cien obras de autores brasileños. Ahora

permite realizar cursos de literatura brasileña en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y estimula, de forma vigorosa, las actividades de investigación y difusión del profesor Biagio D'Angelo y el conjunto de sus colaboradores de la Universidad Católica Sedes Sapientiae.

Marco Martos



Carlos Germán Belli. *El imán*.
Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003. 232 pp.

Los libros de viaje son, acaso, tan antiguos como las primeras manifestaciones literarias de Occidente. Ciertamente, los griegos hicieron de ese género una verdadera institución paralela a la fundación de ciudades; luego, durante la Edad Media, textos como *Il Milione* de Marco Polo y las novelas sacras de peregrinaje (*Félix* o *Llibre de Meravelles* de Ramón Llull, por ejemplo) constituyeron, sin lugar a dudas, la